

CONFERENCIA VII

LEY Y LIBERTAD

1. **El poema de Heliand es una prueba del poder del Cristianismo.**—No es difícil saber si es verdadera ó falsa la expresión tan repetida de que el Cristianismo ejerce poderosa influencia sobre los espíritus. Para ello no nos valdremos de áridas investigaciones filosóficas, sino de hechos históricos, y no de documentos diseminados en varios puntos y difíciles de examinar en polvorosos archivos, sino de la simple lectura de un poema que ofrece la emoción de una verdadera obra maestra.

Mientras el mundo exista, el poema de *Heliand*—que es al que nos referimos—constituirá, así la gloria del nombre cristiano como del nombre alemán. Durante treinta y dos años, los sajones paganos hicieron al Cristianismo una guerra sólo comparable á la de Cartago contra Roma. Dieciocho veces tuvo que emplear Carlomagno todo su poder contra ellos, sin poder reducirlos por completo. Si no hubiesen sido convencidos por los mensajeros de la fe, de que la religión que el Emperador quería introducir entre ellos por la fuerza de las armas no era un poder enemigo, sino un poder lleno de gracia, no un torreón, sino una muralla de la libertad, á buen seguro que la sola espada del vencedor del mundo no los hubiese sojuzgado nunca, porque, jamás pueblo alguno ha superado á los antiguos sajones en amor á su libertad é independencia. Pero apenas comprendieron la verdad cristiana, practicáronla con tal convicción y fidelidad, que recuerdan los días más gloriosos de los primeros siglos. Pasados algunos años, ofrecían al

mundo ese poema grandioso, que es la más grande epopeya cristiana, y quizás la más grande de todas las epopeyas. Difícil sería, en efecto, citar una obra semejante que nos recordase en el mismo grado la grandeza de Dios por la majestad y la calma unidas á una fuerza enérgica, por la magnificencia conmovedora unida á la mayor modestia, por la influencia irresistible que ejerce, á pesar de la sencillez inimitable de los medios que emplea, y aun casi podríamos decir, por la ausencia de todo medio. De aquí que no vacilemos en dar á este poema el nombre de epopeya divina, pues es completamente digno de su contenido.

2. El libre espíritu caballeresco de los antiguos tiempos cristianos.—Interesantísima es para todo el mundo la cuestión de saber con qué sentimiento este pueblo tan bien dotado, que poseía en el grado más alto el amor á la independenciam, consideró la doctrina cristiana una vez conocida. ¿Qué pensaba de las leyes del Evangelio? ¿Qué del culto que éste le reclamaba? La respuesta es muy sencilla: Lejos de sentirse esclavizado, creyó entonces haber encontrado por primera vez su libertad y su dignidad. En toda la epopeya, aparece Cristo, este Hijo único y querido de Dios, ⁽¹⁾ Guardián de los cielos, ⁽²⁾ como el gran Rey y el jefe de toda la humanidad llamada á la libertad. Con su solo poder, ha creado un mundo, ⁽³⁾ y desde entonces, conserva á todos los seres. En su poder reside la fuerza de los reinos y de los imperios; Él es el gran juez de todos los pueblos. ⁽⁴⁾ Para Él, el Señor Santo, ⁽⁵⁾ el Rey, que todo lo posee, ⁽⁶⁾ el Hijo pacífico de Dios, ⁽⁷⁾ la dignidad de un rey de la tierra es completamente insignificante. ⁽⁸⁾ Si, á pesar de esto, se digna Él aparecer bajo la forma y con el poder de un príncipe terrenal, sólo se debe á su con-

- (1) *Heliand*, 240, 400, 5173.
- (2) 1059.
- (3) 51, 495, 849, 1210.
- (5) 1208 y sig., 2419 y sig., 2884 y sig.
- (4) 2892.
- (6) 407.
- (7) 450, 983.
- (8) 2885.

descendencia para salvarnos. Para libertarnos y ennoblecernos, apareció sobre la tierra como el Rey Todopoderoso, ⁽¹⁾ el más rico de los reyes, ⁽²⁾ la paz para los enemigos, ⁽³⁾ el príncipe de la victoria, ⁽⁴⁾ el guardián de la paz. ⁽⁵⁾ Para salvarnos, reina en medio de nosotros, Él, el Cristo que impera, el buen Cristo, ⁽⁶⁾ el mejor de los reyes. ⁽⁷⁾ Allí aparece Él como nuestro consejero, ⁽⁸⁾ como nuestro tutor y protector, ⁽⁹⁾ como el amable guardián de la tierra ⁽¹⁰⁾ y de sus habitantes, ⁽¹¹⁾ sobre el que se fijan con ansiedad las miradas todas. En Él, el mejor de los hombres, el mejor de los nacidos, ⁽¹²⁾ todos encuentran refugio; en Él encontramos confianza como nuestra ayuda que es ⁽¹³⁾ y nuestro Salvador. ⁽¹⁴⁾ Allí está sentado como jefe, padre, dueño, consejero, portavoz de la muchedumbre, en medio de la asamblea de los pueblos, para salvar al género humano de la esclavitud del infierno. ⁽¹⁵⁾ Junto á Él aparecen los doce héroes ⁽¹⁶⁾ escogidos por Él; los hombres sabios, á cuya cabeza se encuentra el guerrero más valiente y más animoso, ⁽¹⁷⁾ el príncipe célebre en el universo mundo, Simón Pedro. ⁽¹⁸⁾ No marchan obligados por la fuerza, como siervos tras las pisadas de su Señor, sino que muy grande es su alegría de poder acompañar al Hijo de Dios y recibir aún una recompensa feliz, además de la que ya han recibido por el deber y el honor, recompensa

- (1) 973, 1134, 5636.
- (2) 1138, 5632.
- (3) 1011.
- (4) 1577, 3744.
- (5) 619.
- (6) 3644 y sig.
- (7) 989.
- (8) 627.
- (9) 378, 1274.
- (10) 626, 1013, 1052, 3711, 5600, 5660.
- (11) 984.
- (12) 1010, 3684, 4993, 5308, 5489, 5521, 5688.
- (13) 5200, 1144, 1279, 3671, 4859, 5604, 5822.
- (14) 266, 443.
- (15) 1272 y sig.
- (16) 1273.
- (17) 5902.
- (18) 4868, 5029, 5047.

que concede á todos los que se afanan por hacer su voluntad aquí bajo. ⁽¹⁾ Saben que, propiamente hablando, no son dignos de recompensa, porque Cristo no tiene necesidad de ellos. Si recompensa sus servicios, no es ciertamente porque haya recibido de ellos alguna cosa. Son ellos los que tienen necesidad de su ayuda y protección, como todos los guerreros de este mundo. ⁽²⁾ De aquí que sirvan con tanta mayor fidelidad á un jefe tan potente y generoso. Todos miran como un honor el servir á Dios como guerrero y caballero. Ninguno le sirve como mercenario, ó como esclavo contratado.

Como guerreros libres y poderosos, aparecen Juan Bautista ⁽³⁾ y José; ⁽⁴⁾ como guerreros rápidos, ⁽⁵⁾ que buscan al Rey en su reino, los Profetas. ⁽⁶⁾ Los Apóstoles son naturalmente ante todo los guerreros predilectos de nuestro Señor Dios. ⁽⁷⁾ Todos mirarían como una vergüenza creer únicamente por fuerza en el Verbo de este Rey y servirle del mismo modo; pero no; todos le obedecen libremente y de buena voluntad.

Mas el Señor no se contenta con una obediencia cualquiera, sino que quiere los más nobles corazones, y un culto digno de él y del hombre. Sus ministros morarán entre los que se muestren dignos de realizar con solicitud buenas obras con corazón puro; pero deben alejarse de aquellos que, con acciones personales, ⁽⁸⁾ no quieren tener la dicha de practicar su doctrina y realizar las obras de la fe. ⁽⁹⁾ Con Él todo es libertad y nobleza de sentimientos, en Él todos viven, enseñan y moran según el principio que tan bien expresa el sentimiento de toda la antigüedad: «La gloria del guerrero consiste en sufrir con su señor, en per-

(1) *Heliand*, 1167 y sig.

(2) 1187 y sig.

(3) 862.

(4) 253.

(5) 543, 665.

(6) 605.

(7) 3994, 3112, 5964.

(8) 1940.

(9) 1931, 1943.

manecer sólida y estrechamente unido á su príncipe, y en morir alegremente por él. Procedamos, pues, así, sigamos sus huellas, despreciemos la vida por su amor. Y si caemos á su lado en la pelea, inmortal será nuestra fama entre los hombres de bien». ⁽¹⁾

Evidente es que esta tribu germánica, devorada por el amor á su libertad é independencia, entregóse con tanto entusiasmo al Cristianismo, precisamente porque halló en el espíritu de éste el alimento que convenía á su libertad y á su energía caballeresca.

3. La lucha contra la ley, inaugurada por la Reforma, es una lucha contra el Evangelio.—Tal es el antiguo poema sajón de *Heliand*, y tales son los otros grandes poemas de la Edad Media cristiana, tales los relatos, tales las hazañas de aquellos en quienes debemos reconocer el mejor espíritu de esta época. Por todas partes el mismo espíritu de libertad, el mismo espíritu caballeresco; por todas partes la misma unión de energía, de lozanía juvenil, con una virilidad intelectual. Jamás señal alguna de servilismo ni de rebeldía contra la ley. La idea, tan difundida hoy, de que la obediencia y la ley no se armonizan, era—podemos muy bien decirlo—incomprensible en la Edad Media. Cúbrese nuestro rostro de vergüenza, cuando comparamos nuestra época con la de nuestros antepasados. Ha desaparecido la virilidad, se ha envejecido la humanidad, su inteligencia, en otro tiempo tan elevada, es hoy caduca y senil, débil como la de un niño y brusca como la de un escolar.

Bajo este mismo concepto, el siglo XVI constituye el límite bien definido entre el espíritu antiguo y el moderno. Vese en éste que el movimiento que alcanzó un grado más alto en la Reforma, no se limitaba á la discusión de algunos artículos aislados de fe, sino que atacaba, hasta en sus más hondas raíces, la manera de pensar y de vivir de la humanidad. Á las más funestas y devastadoras doctrinas predicadas por Lutero, pertenece sin duda alguna la que

(1) *Heliand*, 3996-4002.

dice que no debemos representarnos á Jesucristo como legislador, ⁽¹⁾ sino que su empresa, por lo contrario, consistió precisamente en libertarnos del yugo de la ley. Si pesase sobre nosotros, los cristianos, una ley, viviríamos todavía en la antigua servidumbre de los judíos. Pero Cristo nos ha traído la libertad, por lo que, en adelante, ninguna ley puede ya oprimirnos, porque la esclavitud y la falta de libertad son inseparables de la ley. Para que exista la libertad, preciso es que la ley desaparezca. En una palabra, la libertad es incompatible con la ley.

Así fué arrojada á los espíritus una idea verdaderamente revolucionaria y antinomística, que no tardó en producir sus consiguientes efectos, así en la vida religiosa como en la pública. Basta notar cuántas veces después ha sido repetida esta idea, cómo se ha apoderado de todos los dominios, de la ciencia, del arte, de la política, de la educación, de la vida social, y cuán fácilmente muchos espíritus, aun bien intencionados, se han dejado cautivar por ella, para comprender que toda verdad ó todo error teológico tiene sobre el mundo más influencia de lo que generalmente se cree.

No nos detendremos en demostrar que esta concepción no existía con anterioridad á la doctrina del Evangelio, sino que debe ser considerada como un error teológico. Mas esta concepción nada tiene que ver con el Cristianismo, cuyo Fundador empezó su primera predicación diciendo que no había venido á abolir la ley, sino á cumplirla; ⁽¹⁾ nada tiene que ver con Jesucristo, quien, por última misión, dió á sus discípulos la orden de encaminar todos los pueblos á la obediencia. ⁽²⁾ No hay necesidad de dar pruebas de ello.

4. El desprecio de la ley es un signo de bribonería y de debilidad.—Pero nos parece que es tanto más nece-

(1) Dörner, *Gesch. der prot. Theol.*, 101 y sig. De Wette, *Christl. Sittenlehre* (1), II, II, 275 y sig. Cf. también *supra*, VI, 2.

(2) Matth., V, 17 y sig.

(3) Matth., XXVIII, 19. Cf. Joan., XIV, 15, 21. Rom., III, 31; X, 4.

sario llamar la atención sobre este hecho, cuanto que este principio: «Ley y libertad son incompatibles», se armoniza muy poco con el espíritu de una dignidad viril. Hablando francamente, no podemos comprender cómo ciertos hombres pueden rebajarse y envilecerse hasta el punto de constituirse en representantes de un principio tan horrible. En su sabiduría un poco exagerada, que no abandona de buen grado, porque tiene conciencia de que es la verdad, el antiguo proverbio dice: «Hay tres clases de personas á quien debe dejárseles su libertad: los amos, los niños y los locos». Mala sentencia ciertamente, mala sentencia sobre todo, porque contiene un aguijón acerado.

Sí, es un pensamiento infantil é insensato de parte del que ve en todo orden una violencia, y en toda ley una indigna cadena; es un espíritu infantil el espíritu que nada puede sufrir, soportar ni respetar. No puede abstenerse de contradecir; hace oposición, no basándose en razones, porque ¿en dónde las encontraría?, sino únicamente como el cabrito que abre surcos en la tierra, porque empiezan á picarle los cuernos, y se siente muy molestado de que todavía no hayan roto la piel. ¿Qué no daría porque se enderezasen ya en su cabeza! He aquí toda su preocupación. Pues lo mismo ocurre con el niño. No cesa de pellizcarse los labios, porque espera que, cuando le haya salido la barba, no se verá obligado á asistir á clase. A trueque de arruinar su vista, cree no poder prescindir, por lo menos el día del examen, de una lente ó de unos anteojos, para ocultar, con un exterior elegante, lo vacío de su inteligencia. Cuando tiene que comunicar algo á su madre, toma de repente su voz un tono tan profundo, que no parece sino que tiene veinte años más. ¿Le reprende el maestro? Se yergue ante él de tal modo, que sus zapatos están á punto de estallar, y sus dedos casi no tocan en tierra. No es posible que ofrezca pruebas más perentorias de que no es más que una figurilla. Todo el espíritu de contradicción que hay en él, ese deseo de querer á toda costa mostrarse independiente, es el mejor testimonio de que carece de in-

dependencia, y de que lo sabe. Se contradice á cada instante, dice de intento una simpleza, cae en ridículo expresamente, miente sin causa, únicamente para mostrar que allí está él, que nadie le manda, que es dueño de sí mismo, que es libre. En todas partes, sed impaciente de progreso, y, no obstante, impotencia para llegar á él; por todas partes, violentos deseos de independencia, pero, no obstante, sólo se ve vana estrechez de espíritu. Trata con desprecio todas las convicciones contrarias á las suyas; no respeta ninguna opinión extraña. La sola palabra autoridad le irrita; la consecuencia es para él más odiosa que el castigo; sólo es verdadero lo que él comprende. No puede vivir en armonía con la religión, porque hace mucho tiempo que ésta existe en el mundo, ni con sus padres, porque le exigen demasiada obediencia, ni de ordinario con los viejos, porque éstos apenas comprenden la necesidad del progreso. Difícil le es armonizarse con nadie, porque, en definitiva, nadie sabe apreciar debidamente su fuerza. ⁽¹⁾

No se engañará mucho quien explique la inclinación de los tiempos modernos como encaminada á ver en cada ley y en cada autoridad del campo religioso y moral un atentado contra todo lo que el hombre posee de más santo, es decir, contra la libertad. El que reflexione con calma, difícilmente encontrará en ello un honor para nuestra época. En la vida ordinaria, á nadie, que no sea un niño, se le ocurrirá ver una falta de libertad en la limitación. En la vida intelectual, por lo contrario, cree uno dar pruebas de sabiduría perfecta cuando establece, como verdad de toda evidencia, que la libertad no puede existir al lado de la ley ni de la autoridad. Cuando oímos decir de un orador que combate las reglas gramaticales, porque son un obstáculo á la elocuencia, de un tenor, que se encuentra fastidiado por la ley de la medida, de un organista, que considera las reglas de la armonía como indigna esclavitud, nos convencemos de que podemos dispensarnos de escucharlos, pues conocemos de antemano sus capacidades. Nos basta

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit* (5), 391 y sig.

saber que alguien siente el peso de la ley, para convencernos de que es todavía un principiante, un niño, un malbaratador. Cuanto más sacude las llamadas cadenas de la ley, más difícil hace el progreso en su especialidad para llegar á la perfección. Su animosidad contra la violencia no es más que la amargura que experimenta á causa de su incapacidad de escolar. El maestro no se mofa de las reglas. Interrumpid al virtuoso, al orador, en el arranque más inflamado de su discurso, y preguntadle qué figura acaba de cometer; casi no sabrá qué responderos. Observa y practica la ley, pero no se da cuenta de ella. Sólo el aprendiz es accesible á la idea de considerarla como una carga. No es, pues, el hecho de estar sometido á una ley lo que constituye la falta de libertad, sino que, únicamente el que vive en la servidumbre, se siente molestado por el orden y las reglas. No es la ley la que hace esclavos, sino la ausencia de la ley y la rebelión contra la disciplina.

5. Noción de la libertad.— Así, pues, sólo no es libre el que es indiferente al bien y á la verdad, el que se muestra frío á todos los impulsos de la virtud; en este caso, la piedra sería más libre que el hombre. Tampoco es libre aquel de quien ninguna exhortación, ninguna fuerza, puede quebrantar su terquedad; en este caso los animales, que, según la leyenda, estaban cerca del pesebre del Salvador, serían los primeros modelos de la más perfecta libertad. Tampoco es libre el que se complace en elegir lo que el capricho momentáneo le inspira. Si esto es libertad, la humanidad tendría completa razón de envidiar á la velela y á la borrilla que flota en los aires.

Sólo es libre la voluntad cuando se decide á obrar por motivos verdaderos y racionales. Así, pues, hay dos cosas que forman parte de la libertad; desde luego, es preciso que la libertad se mueva por sí misma, y, después, que se dirija hacia un fin, es decir, que siga á la razón cuando ésta la conduce rectamente. Sólo es hombre noble y libre, el que, tras un examen razonable, sin llegar á la violencia